

Discurso completo en CASTELLANO de Benedicto XVI al Cuerpo diplomático en palacio real Hofburg

DISCURSO COMPLETO

*¡Estimadísimo Señor Presidente Federal,
Honorable Señor Presidente del Parlamento nacional,
Honorable Señor Canciller Federal,
Ilustres Miembros del Gobierno Federal,
Honorables Diputados del Parlamento nacional, y Miembros del Senado
Federal,
Ilustres Presidentes Regionales,
Estimados Representantes del Cuerpo diplomático,
Ilustres Señoras y Señores!*

Introducción

Es para mi motivo de gran gozo y un honor encontrarme hoy con Ud., Señor Presidente Federal, y con los Miembros del Gobierno Federal, como también con los representantes de la vida política y pública de la Republica de Austria. En este encuentro en el Hofburg se refleja la buena relación, caracterizada de confianza recíproca, entre Vuestro País y la Santa Sede. De esto me alegro vivamente.

Las relaciones entre la Santa Sede y Austria entran en el vasto mecanismo de relaciones diplomáticas, que encuentran en la ciudad de Viena un importante "cruce de camino", por que aquí tienen sede también varios Organismos internacionales. Me complazco de la presencia de muchos Representantes diplomáticos, a los cuales dirijo mi deferente saludo. Os agradezco, Señoras y Señores Embajadores, por vuestra dedición no sólo a los países que representáis y a sus intereses, sino también a la causa común de la paz y el entendimiento entre los pueblos.

Esta es mi primera visita como Obispo de Roma y Pastor supremo de la Iglesia católica universal a este País, que conozco desde hace mucho tiempo y por numerosas visitas precedentes. Es para mi - me sea permitido decirlo - un gran gozo encontrarme aquí. Aquí tengo muchos amigos y, como vecino de Baviera, el modo de vivir y las tradiciones austriacas me son del todo familiares. Mi gran Predecesor de beata memoria, Papa Juan Pablo II, ha visitado Austria tres veces. Cada vez ha sido recibido por la gente de este País con gran cordialidad, sus palabras han sido escuchadas con atención y sus viajes apostólicos han dejado huellas.

Austria

Austria de los últimos años y decenios ha registrado sucesos, qua aun hace dos generaciones ninguno habría jamás osado soñar. Vuestro País no sólo ha

vivido un notable progreso económico, sino que también ha desarrollado una convivencia social ejemplar, de la cual el término “solidaridad social” se ha convertido en un sinónimo. Los austriacos tienen toda la razón para estar reconocidos, y lo manifiestan teniendo un corazón abierto no sólo hacia los pobres e indigentes en el propio País, sino también cuando se trata de demostrar solidaridad en ocasión de catástrofes y de desgracias en el mundo. Las grandes iniciativas de “Licht ins Dunkel”, “Luz en la Oscuridad” - antes de Navidad y de “Nachbar in not” - “Vecino en Necesidad” - son un bello testimonio de estos sentimientos.

Austria y la ampliación de Europa

Nos encontramos aquí en un lugar histórico, desde el cual durante siglos ha sido gobernado un imperio que ha unido amplias partes de Europa central y oriental. Este lugar y esta hora ofrecen una ocasión providencial para fijar la mirada en la entera Europa de la actualidad. Después de los horrores de la guerra y las experiencias traumáticas del totalitarismo y de la dictadura, Europa ha emprendido el camino hacia la unidad del Continente, dirigido a asegurar un orden duradero de paz y de desarrollo justo. La división que por decenios separó el Continente de manera dolorosa se ha, si, superado políticamente, pero la unidad permanece aun en gran parte como una tarea por realizar en la mente y en el corazón de las personas. También si después de la caída de la cortina de hierro en 1989 alguna esperanza excesiva ha podido permanecer desilusionada y sobre algunos aspectos se pueden levantar críticas justificadas a algunas instituciones europeas, el proceso de unificación es de todos modos una obra de gran alcance que, a este Continente - en el pasado corroído por continuos conflictos y fatales guerras fratricidas, ha llevado a un período de paz por tanto tiempo desconocido. En particular, para los Países de Europa central y oriental la participación a tal proceso, es un estímulo ulterior para consolidar en su interior la libertad, el estado de derecho y la democracia. A este propósito es necesario recordar la contribución que mi predecesor, Papa Juan Pablo II ha dado a aquel proceso histórico. Austria, que se encuentra al borde entre Occidente y el Oriente de ese entonces, ha contribuido mucho como “País-puente” a esta unión de la cual, es necesario no olvidarlo, ha obtenido también gran ganancia.

Europa

La “casa Europa”, como amamos llamar a la comunidad de este Continente, será para todos un lugar agradable de habitar sólo si será construida sobre un sólido fundamento cultural y moral de valores comunes que traemos de nuestra historia y de nuestras tradiciones. Europa no puede y no debe renegar sus raíces cristianas. Esas son un componente dinámico de nuestra civilización para el camino en el tercer milenio. El cristianismo ha modelado profundamente este Continente: de eso dan testimonio en todos los países y particularmente en Austria, no sólo las muchísimas iglesias e importantes monasterios. La fe

tiene su manifestación sobre todo en las innumerables personas que esa, en el transcurso de la historia hasta la actualidad, ha conducido a una vida de esperanza, de amor y de misericordia. Mariazell, el gran Santuario nacional austriaco, es al mismo tiempo un lugar de encuentro para varios pueblos europeos. Es uno de los lugares de los cuales los hombres han sacado y sacan aun hoy la “fuerza del alto” para una camino de rectitud. En estos días el testimonio de fe cristiana al centro de Europa es también manifestada mediante la “Tercera Asamblea Ecuménica Europea” en Sibiu/Hermannstadt (Rumania) con el lema “La luz de Cristo ilumina a todos. Esperanza de renovación y de unidad en Europa”. Espontáneamente viene el recuerdo del “Katholikentag” de Europa central que en el año 2004, bajo el lema “Cristo- esperanza de Europa”, ¡ha reunido tantos creyentes en Mariazell!

Hoy a menudo se habla del modelo de vida europeo. Con esto se entiende un orden social que significa eficacia económica con justicia social, pluralidad política con tolerancia, liberalidad y apertura, pero también preservación de valores que a este Continente dan su posición particular. Este modelo, bajo los condicionamientos de la economía moderna, se encuentra ante un gran desafío. La frecuentemente citada globalización no puede ser detenida, sino mas bien es tarea urgente y una gran responsabilidad de la política aquella de dar a la globalización pautas y límites adecuados para evitar que esta se realice a costo de los Países más pobres y de las personas pobres en los Países ricos, y vaya en perjuicio de las futuras generaciones.

Ciertamente, Europa ha vivido y sufrido también terribles caminos equivocados. Forman parte de ellos: restricciones ideológicas de la filosofía, de la ciencia e incluso de la fe, el abuso de religión y razón con fines imperialistas, la degradación del hombre mediante un materialismo teórico y práctico y en fin, la degradación de la tolerancia en una indiferencia privada de referencias y valores permanentes. Sin embargo forman parte de las características de Europa una capacidad de autocrítica que, en el vasto panorama de las culturas del mundo, la distingue y la cualifica.

La vida

Ha sido en Europa donde por primera vez se formuló el concepto de derechos humanos. El derecho humano fundamental, el presupuesto para todos los otros derechos, el derecho a la vida misma. Esto vale para la vida desde la concepción hasta su fin natural. El aborto, por consiguiente, no puede ser un derecho humano –es su contrario. Es una “profunda herida social”, como subrayaba sin cansarse nuestro difunto hermano, Cardenal Franz Koenig.

Al decir esto no expresamos un interés específicamente eclesial. Nos hacemos más bien abogados de una solicitud profundamente humana y nos sentimos portavoces de los que están por nacer y que no tienen voz.

No cierro los ojos ante los problemas y los conflictos de muchas mujeres, y caigo en la cuenta de que la credibilidad de nuestro discurso depende también de lo que la Iglesia hace para acudir en ayuda de las mujeres en dificultades.

Me dirijo, por tanto, a los responsables de la política, para que no permitan que los hijos sean considerados casi como una enfermedad, ni para que el calificativo de injusticia atribuido por Vuestro sistema jurídico al aborto sea anulado de hecho. Lo digo movido desde la preocupación por los valores humanos. Pero esto no es más que un aspecto de lo que nos preocupa. El otro es hacer todo lo posible para que los Países europeos vuelvan a ser de nuevo más abiertos para acoger a los niños. Animad a los jóvenes, que fundan nuevas familias con el matrimonio, a convertirse en padres y madres. Con esto les haréis un bien a ellos mismos, y también a toda la sociedad. Os confirmamos también decididamente en vuestras urgencias políticas de poner las condiciones que hagan posible a las jóvenes parejas la educación de los hijos. Todo esto, sin embargo, no servirá para nada si no conseguimos crear de nuevo en nuestros Países un clima de gozo y de confianza en la vida, en la que no veamos a los niños como una carga, sino como un don para todos.

Constituye también para mí una gran preocupación el debate llamado “ayuda activa a morir”. Da miedo pensar que un día pueda ser ejercida una presión declarada o explícita sobre las personas gravemente enfermas o ancianas, para que pidan la muerte o se la den a sí mismas. La respuesta justa al sufrimiento del final de la vida es una atención amorosa, el acompañamiento hacia la muerte –en particular incluso con la ayuda de la medicina paliativa- y no una “ayuda activa para morir”. Para afirmar un acompañamiento humano hacia la muerte serían necesarias urgentes reformas estructurales en todos los campos del sistema sanitario y social y la organización de estructuras de asistencia paliativa. Es necesario también dar pasos concretos: en el acompañamiento psicológico y pastoral de las personas gravemente enfermas o de los moribundos, por parte de sus parientes, de los médicos y del personal auxiliar. En este campo, la “Hospizbewegung”, el movimiento de voluntarios en hospitales, hace cosas grandiosas. Todo el conjunto de semejantes compromisos, sin embargo, no puede ser delegado a ellos. Muchas otras personas deben estar dispuestas o ser animadas en su disponibilidad a no mirar ni el tiempo ni los gastos en la asistencia amorosa de los gravemente enfermos o de los moribundos.

El diálogo de la razón

Forma parte también de la herencia europea una tradición en el pensamiento, en la que existe una correspondencia sustancial entre fe, verdad y razón. Se trata aquí de la cuestión sobre si la razón está al origen de todas las cosas y como su fundamento o no. Se trata de la cuestión sobre si en el origen de la realidad esté la casualidad o la necesidad, y si por tanto, la razón sea un casual producto secundario de lo irracional y del océano de la irracionalidad, al fin de

cuentas, si no está ahí incluso sin sentido, o si por el contrario, siga siendo verdad lo que constituye la convicción profunda de la fe cristiana: In principium erat Verbum –en el principio existía el Verbo- en el origen de todas las cosas existe la Razón creadora de Dios que ha decidido de participar en nuestra humanidad.

Permitidme citar en este contexto a Juergen Habermas, un filósofo que no se adhiere a la fe cristiana: “Para la autoconciencia normativa de la época moderna el cristianismo no ha sido sólo un catalizador. El universalismo igualitario, de donde han surgido las ideas de libertad y de convivencia solidaria, es una herencia inmediata de la justicia judaica y de la ética cristiana del amor. Sin cambiar sustancialmente, esta herencia ha sido siempre adoptada como propia de forma crítica y nuevamente interpretada. Hasta hoy no existe alternativa alguna a esto.

Las tareas de Europa en el mundo

De la unicidad de su llamada deriva también para Europa, sin embargo, una responsabilidad única en el mundo. A este respecto no debe, de ninguna manera, renunciar a sí misma. El continente que, demográficamente, envejece de forma rápida no debe convertirse en un continente espiritualmente viejo. Además Europa conseguirá una mejor conciencia de sí misma si asume una responsabilidad en el mundo que se corresponda con su singular tradición espiritual, con sus capacidades extraordinarias, y con su gran fuerza económica. La Unión Europea debería asumir, por tanto, un papel de guía en la lucha contra la pobreza en el mundo y en el compromiso a favor de la paz. Con gratitud podemos constatar que los Países europeos y la Unión Europea se encuentran entre los que contribuyen en mayor grado al desarrollo internacional, pero deberían hacer valer su relevancia política, por ejemplo, frente a los urgentísimos desafíos que nos vienen de África, a las enormes tragedias de ese continente, como el azote del SIDA, la situación en el Darfur, la injusta explotación de los recursos naturales y el preocupante tráfico de armas. Así mismo el compromiso político y diplomático de Europa y sus Países no puede olvidar la permanente grave situación del Medio Oriente, donde es necesaria la contribución de todos para favorecer la renuncia a la violencia, el diálogo recíproco y una convivencia verdaderamente pacífica. Debe ser en aumento las relaciones con las naciones de América latina y con las del Continente asiático, mediante los oportunos lazos de intercambio.

Conclusión

Estimado Señor Presidente Federal, ilustres Señoras y Señores! Austria es un País rico en muchas bendiciones: grandes bellezas paisajísticas que, año tras año, atraen a millones de personas para estancias de reposo; una inaudita riqueza cultural, creada y acumulada durante muchas generaciones; muchas

personas dotadas de talento artístico y de grandes capacidades creativas. Por todas partes comprobamos los signos de las prestaciones producidas por la diligencia y las dotes de la población que trabaja. Este es un motivo de agradecimiento y de orgullo. Pero ciertamente Austria no es una “isla feliz” y ni siquiera pretende serlo. La autocrítica siempre es beneficiosa y, sin duda, está presente en Austria. Una nación que ha recibido tanto también debe dar mucho. Puede atribuirse muchos logros pero también exigirse una cierta responsabilidad en relación a las Naciones vecinas, de Europa y del mundo.

Mucho de lo que Austria es y tiene, lo debe a la fe cristiana y la valiosa eficacia sobre las personas. La fe ha transformado profundamente el carácter de esta nación y su gente. Debe estar en el interés de todos el no permitir que un día, en este País, no queden más que las piedras para hablar del cristianismo. Austria, sin una viva fe cristiana, ya no sería Austria.

Les deseo a Usted y a todos los austriacos, sobre todo a los ancianos y enfermos, como a los jóvenes que tienen la vida por delante, esperanza, confianza, alegría y la bendición de Dios.
(RADIO VATICANA)

Fuente: Revista Ecclesia Digital